

Asedio a la Pintura Chilena

Antonio R. Romera.— Editorial Nascimento, Santiago.—

La esencia de las cosas, como la raíz de los vocablos, tiene características invariables, un sentido permanente, cierta vertebración espiritual que constituye su naturaleza. Los tipismos, es decir, determinados "rasgos" populares cambian con el tiempo, se modifican en función de situaciones. Por eso, no es fácil señalar los valores que determinan, por ejemplo, un arte o una literatura nacionales. Para ello es preciso, después de severas meditaciones, tender las coordenadas psicológicas e intelectuales en donde, posiblemente, se dibujan las curvas, abiertas o cerradas, de las creaciones culturales.

En esas gráficas se marcan los puntos claves, sin olvidar el principio matemático de las dependencias. ¿Qué fenómeno ha producido tales consecuencias? Sabido es que los resultados serán distintos, si tomamos el rábano por las hojas, si confundimos el sentido de las ordenadas y de las abscisas. Porque entonces lo que habría de ser curva cerrada se convierte en línea disparada, que no conduce a ninguna parte.

Antonio R. Romera enfrenta ese problema. Señala, en la pintura chilena, a lo largo de siglo y medio, cuatro "constantes", unos rasgos persistentes en los cuales queda inscrita la actividad de nuestros artistas: Paisaje, Color, Influjo francés y Carácter. Esos valores, por ser permanentes, señalan la evolución, indican las "claves", forzosamente variables, y que irán señalando la tónica, a lo largo del desarrollo histórico de nuestra pintura nacional. Las claves son: Exaltación, Realidad, Sentimiento y Razón Plástica.

Es cierto que, en los dominios del arte la rigidez matemática ensaya la apertura de boquetes por donde entran raudales de luminosa libertad. Sin embargo, lo esencial está dado ahí.

Se justifica, pues, el título del libro. El término "asedio", cercar, de exigencias cartesianas, tiene sus peligros, no para el sitiador bien pertrechado, sino para el vencido. Cuando la fortaleza cae, es posible mirar con otros ojos el resultado. Y así, Romera escribe: "Rechazo la idea de que Manuel Antonio Caro sea el pintor más fundido en la esencia de nuestra tierra por el hecho de haber pintado "La Zamacueca", "El falte" o "El Mocho pidiendo limosna". No se trata de tipismo en las escenas, sino de características más hondas.

Las "claves" que señala el autor fueron cambiando a lo largo de nuestra historia, porque así lo exigían las corrientes culturales llegadas de otras latitudes. Es lógico que los pintores se dedicaran, primero, a exaltar y ennoblecer todo aquello "que guarda alguna afinidad con las hazañas, gestas y heroísmos de la Independencia". Es la tónica artística de El Mulato Gil, de Wood, Mochi, Somerscales. Incluso hay lírica exaltación en los paisajes de Pérez Rosales.

En nuestra literatura se expandió el costumbrismo, con indigenista, gauchesco, pastoral y criollista. Al

mismo tiempo, obedeciendo a ese remezón espiritual, los pintores hacen un arte pictórico de realidad. Pero, como se dice en estas páginas, los pintores, "a fuerza de sublimar la realidad y de ser fieles a sus contaminaciones líricas, van derivando poco a poco hacia el impresionismo".

Se ha dicho que la realidad es la fuente inagotada de la poesía lírica. Los pintores de la generación del año 13 amplían y rompen la clave anterior, la trascienden, sin que las constantes nacionales pierdan validez. Había en ellos un vivir en soledad, en nostalgia. Recibían los frutos de la refracción sentimental que subyace en la raíz del pasado. El autor, con precisión idiomática, ¡gran constante en su prosa! nos habla de "un espíritu saudoso".

Pronto se dará el salto en busca de la razón plástica, de los estratos ópticos, de la visualidad pura, del expresionismo abstracto, tras las huellas, siempre efanescentes, de un arte que busca el compromiso entre "la abstracción y el realismo poético".

Finos reteles conceptuales sujetan este medular ensayo que nos señala, como baliza ondulante, la existencia de una pintura, y acaso de una escultura, que anuda las riberas del arte abstracto y de la realidad poética.

Konrad Fiedler, citado por el ensayista, que ha razonado las teorías de la visualidad pura, ha dicho que las actividades plásticas son "una continuación del proceso visual, convertido en formas de valor espiritual".

"Constantes y claves", lógicamente deslindadas, nos dan la pauta para aproximarnos, con original enfoque técnico, y a veces sentimental, a la creación artística. Ciertamente es que, para comprender las funciones matemáticas y para captar la esencia del arte, no hay caminos rectos. Pero este ensayo documentado con nombres, obras y fechas, se aproxima a las primeras zonas de una pedagogía artística. Tiene la virtud de poder ser transferida a otras zonas estéticas. Hágase la prueba analizando un poema de alguna "Canción", cuyas variables son el apóstrofe lírico, la enumeración lírica y la canción estricta. Y se verá que no siempre los poetas supieron rotular bien sus creaciones.

Otros temas estudiados: "Primer asedio a la pintura chilena, El tema Popular, Los años americanos de Nonvoisin, Valenzuela Llanos, un retrato detallado, Sobre el supuesto impresionismo de Juan Francisco González, El grupo Rectángulo, El "hodgeón" es la obra de Luis Durand".

El análisis de la obra de Valenzuela Llanos, circunstanciado, rítmico, con múltiples enfoques psicológicos, racobra la verdadera imagen de un artista que evolucionó de lo escultórico a lo musical, de lo táctil a lo expresivo.

"Asedio a la Pintura Chilena" es un libro escrito con precisión y rigor crítico. Contiene juicios que llegan a ser temas de conciencia estética.

Vicente Mengod

Asedio a la pintura chilena [artículo] Vicente Mengod.

Libros y documentos

AUTORÍA

Mengod, Vicente, 1908-1993

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Asedío a la pintura chilena [artículo] Vicente Mengod.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile